

directement de l'inmolation de l'agneau à la mort de Jésus si la typologie du personnage d'Isaac n'avait préparé cette élaboration théologique" (p. 142). En los textos paulinos lo que se afirma es que la sangre de la circuncisión (alianza) de Cristo, ratificada en su muerte, es la que ha unido a circuncisos con incircuncisos. Esta comprensión tiene perspectivas ecuménicas importantes: la sangre de Cristo no es sólo la del codero pascual, sino también la sangre de la alianza o de la circuncisión, y "por su sangre", por "su cuerpo de carne", Jesús permite a los incircuncisos entrar en la alianza con los de Israel.

El cap. XIII (*Le chef de la foi*) muestra cómo el título de Jesús en Hb 12,2, *ton tēs pisteōs arjēgōn*, es el de Abraham en la tradición midrásica. En efecto Ct 4,8, "vuelve desde la cumbre del Amaná (*tashuri me-ro'sh 'amanah*)" (*Éxodo Rabbah* a Ex 15,1 y *Cantar Rabbah* a Can 4,8) es leído "canta por el jefe de la fe (*tashiri me-rosh 'emunah*), simplemente cambiando la vocalización del texto hebreo. El jefe de la fe es Abraham. Hay que notar que el gran canto a la fe de las grandes figuras del Antiguo Testamento en Hb 11 se corresponde con el canto a la fe de los patriarcas en la literatura rabínica; texto excepcional, y sorprendente para muchos cristianos, es el de *Mekilta de R. Ismael* a Ex 14,31.

El cap. XIV (*Lectures juive et chrétienne de l'Écriture*) es una síntesis de las características midrásicas de la lectura cristiana, siempre presidida por la clave hermenéutica Jesús, en quien se cumplen las Escrituras.

El libro está escrito con claridad y sencillez, accesible incluso a los no iniciados en la literatura rabínica. No pretende MR hacer un comentario erudito de los textos neotestamentarios, sino delinear una tradición rabínica y terminar sugiriendo un texto del NT que podría ser iluminado desde aquella tradición. Por lo sugerente es un libro muy interesante, que viene a confirmar lo que ya parece que es una necesidad de la exégesis neotestamentaria: volver a la literatura judía, que, como la cristiana, tiene su inspiración en la Biblia. Es cada vez mayor el convencimiento de que el Nuevo Testamento es una interpretación de la Torah, como lo es la literatura del judaísmo rabínico. Teniendo las mismas raíces, se deberán estudiar conjuntamente para apreciar lo común y lo diferente en las ramas y en los frutos.

Por otra parte, creo que ha llegado ya el tiempo de que los estudios de los textos rabínicos se emprendan con mayor rigor que hasta ahora. Entonces las sugerencias podrían convertirse en verdaderos argumentos para propuestas de interpretación.

MIGUEL PÉREZ FERNÁNDEZ

C. K. BARRETT, *El Evangelio según san Juan* (Cristiandad, Madrid 2003) 977 pp. ISBN 84-7057-445-0

En el prólogo de la segunda edición de este libro (1978), nos dice el autor: "Hace poco más de un cuarto de siglo que terminé la primera edición de este comentario. De hecho no se publicó hasta 1955, porque originariamente se había escrito para una

colección de monografías sobre Juan: pero el editor los rechazó por considerarlo demasiado extenso y excesivamente minucioso. Tengo que agradecer a la editorial SPCK y, en especial, al Dr. F. N. Davey, ya fallecido, que el comentario rechazado (que yo me negué a reducir, porque en aquella época era imposible escribir un comentario al evangelio según Juan que fuera breve y, a la vez, valiera la pena) viera la luz con el inevitable retraso” (p. 23). Continúa diciendo que si tuviera que escribir ahora un comentario al IV Evangelio lo haría de forma distinta. En la nueva edición de 1978 ha revisado todo el libro y ha reelaborado algunas partes, incorporando materiales nuevos.

En la traducción española, a pesar de los veinticinco años transcurridos, no se ha modificado prácticamente nada. Sólo en la bibliografía se han añadido dos títulos del 2000 y del 2003, editados por Ediciones Cristiandad. El no actualizar la bibliografía es normal en las ediciones de ciertas obras que, por su entidad, pueden considerarse clásicas. Y la obra de Barrett lo es.

La primera parte está dedicada a temas introductorios, tales como las características y finalidad del evangelio, el ámbito en que se escribe y difunde, su teología, autenticidad y texto del evangelio (pp. 21-221). Sigue un análisis pormenorizado del texto, dividido en cuarenta y dos apartados y tres apéndices, dos sobre Jn 21 y otro sobre Jn 7,53-8,11. Termina con varios índices: de citas bíblicas, de apócrifos y pseudoepígrafos, de Flavio Josefo y Filón de Alejandría, de literatura rabínica y de Qumrán, de autores griegos y latinos, de inscripciones y papiros, de literatura cristiana primitiva, de autores modernos, de materias y de términos griegos.

Reconoce la dificultad que entraña la investigación del IV Evangelio, pero “a la vez, es de extrema importancia, pues este libro es clave par la interpretación del primitivo pensamiento cristiano” (p. 23). Esta afirmación contiene, aunque sea de modo indirecto, una valoración del IV Evangelio desde el punto de vista histórico, pues estima válidas las noticias que da sobre lugares y sobre fechas, asunto que otros cuestionan, sobre todos dentro de las corrientes predominantes en la “Third Quest”. En cuanto al griego del texto destaca su afinidad con las epístolas joánicas y su singularidad. Es cierto que carece de “las finuras y sutilezas de típicas de la lengua griega”, pero es muy claro y altamente sugerente (cf. p. 26). En cuanto a los Sinópticos, estos tienen expresiones que son raras en San Juan, e incluso inexistentes. En cambio, nuestro hagiógrafo emplea algunos términos con mucha más frecuencia que los otros evangelistas, lo cual es altamente significativo pues manifiesta los focos de interés propios. Así hay gran diferencia, a favor de San Juan, en el uso frecuente de vocablos como *agapân* o *agápe*, *martyrein*, *alétheia*, *fôs*, etc. (p. 27). Al hablar de la relación del IV Evangelio con las corrientes gnósticas, reconoce el valor de los estudios de Bultmann sobre esta cuestión, pero aporta una serie de datos que muestran “la inconsistencia de la tesis de Bultmann” (p. 47). Se observa una cierta admiración por el célebre y discutido autor alemán, pero al mismo tiempo muestra con frecuencia su inconformidad con las teorías bultmanianas, como ocurre con la cuestión del gnosticismo y su presencia en el IV Evangelio (cf. pp. 71-72. 212ss).

Al tratar de los Sacramentos estima que “la opinión más común es que hay más doctrina sacramental en el evangelio según Juan que en cualquier otro relato evangélico” (p. 131). Es otro de los puntos en que contrasta con Bultmann para quien cual-

quier alusión a los sacramentos (especialmente Jn 3, 5, 6, 51c-58) hay que considerarlo como extraño al evangelio original y atribuirlo a un redactor eclesiástico (cf. p. 133). Como si se tratara de compensar su disconformidad con Bulmann, está también desacuerdo con Cullmann que se coloca en el extremo opuesto de Bulmann. Barret se sitúa en un punto equidistante y concluye que “Juan es mucho más sacramentalista de lo que cree Bulmann, y menos de lo que sugiere Cullmann” (p. 133).

En cuanto al tema de la autenticidad, establece como postulados: “1) la certeza moral de que no fue escrito por Juan, el hijo de Zebedeo; y 2) la probabilidad de que la tradición de que el evangelista había sido escrito por Juan, hijo de Zebedeo (que, sin duda, era interesada y, al parecer, comenzó en fecha temprana con la inserción de Jn 21,24) no era pura ficción, sino que poseía cierto fundamento” (p. 201). Son dos postulados a primera vista contrarios. Cita a L. Morris que en su comentario “ha defendido con gran competencia” la opinión de que el evangelio fue escrito por un apóstol. Dice que, por tanto, hay que aceptar que no es imposible que Juan el apóstol escribiera el evangelio que lleva su nombre. Por eso, explica Barret, habla de “certeza moral”. Nos parece una postura mesurada, pues resulta muy fuerte decir que durante siglos la atribución del IV Evangelio a San Juan fue una equivocación. Diverso es aclarar que el concepto de autoría, en la época en que se redactó nuestro escrito era diverso al que ahora podamos tener.

El comentario es de ordinario minucioso y amplio, bien fundamentado, riguroso y razonado. No obstante, hay textos donde se echa de menos una mayor claridad y más amplia explicación. Así ocurre cuando habla en Jn 1,29 del Cordero de Dios (cf. p. 266), o al explicar Jn 2,4 en que Jesús contesta a la Virgen con esa frase *ti emoi kai soi*, difícil de traducir y de entender, pero tratado en unas trece líneas (p. 286).

Al hablar del primer encuentro de Jesús con Pedro señala como el evangelista explica que *Cefas*, significa piedra, “pero no da ninguna interpretación del nombre, ni la de Mateo (Pedro como piedra fundacional de la Iglesia), ni la que se suele dar a este pasaje (perspectiva de un cambio de carácter de Pedro). Quizá Juan sabía que la subsiguiente vida de Pedro no habría de resistir ninguna de esas interpretaciones”. Resulta un tanto extraño que no explique cual fue la vida de Pedro que no resistiría el ser considerado como cabeza de la Iglesia universal, lo cual era un hecho comúnmente por las primeras comunidades aceptado, como se deduce del libro de los Hechos de los apóstoles.

Cuando explica la triple pregunta de Jesús a Pedro sobre si le ama, así como el encargo de Cristo para que apaciente a su rebaño, apenas se detiene en el sentido primacial que Pedro vuelve a recibir, a pesar de sus negaciones. Casi se limita a referir que Benoit ve el fundamento del primado de Padre en el hecho de que su amor a Jesús es más grande que el de los otros. “Sin embargo –añade–, precisamente ese hecho va en contra del nuevo argumento de Benoit sobre la sucesión de Pedro (que en cualquier caso, ni se menciona en el texto). La esencia de la primacía de Pedro es el amor, no la sucesión” (p. 892). Es verdad que en el texto no se menciona la sucesión de Pedro, igual que tampoco se menciona la sucesión de los demás apóstoles. Es una realidad tan lógica, que resulta obvio aclarar que cuando los apóstoles mueran otros continuarán la misión que, antes de subir a los cielos, les encomendó Jesús. Por otra parte, nos parece que la esencia de dicha primacía más que en el amor, está

en la voluntad de Cristo de dar a su Iglesia una cabeza visible, un fundamento permanente sobre el que edificar ese edificio, que ha de perdurar a través de la Historia, y contra el cual no prevalecerán las fuerzas del infierno. Es cierto que no habla explícitamente de la sucesión apostólica, pues se supone al decirles que como el Padre le ha enviado, los envía él a ellos y, como es lógico, a cuantos continúen esa tarea evangelizadora hasta el fin de los tiempos.

Se apoya en Bultmann para decir que la unidad de la Iglesia es “una unidad en la transmisión de la palabra y la fe” (p. 778). Añade que esa unidad no se basa en hechos históricos, “ni puede construirse con una organización, instituciones o dogmas” (*ibid.*). Es cierto que la unidad no se construye con una organización, sino con la fidelidad a Cristo, sin posibilidad de grupos que se consideren de Pedro, Pablo o Apolo, pues todos somos de Cristo. Pero por razones prácticas, y por sentido común, es necesaria una organización en una sociedad visible como es la Iglesia, así como unas normas y principios que regulen la vida de cuantos formamos parte de ella.

Al comentar Jn 19,27 cita a Brown que escribe: “La presentación de la madre de Jesús como madre del discípulo predilecto parece evocar ciertos temas del Antiguo Testamento, como el de Sión que da a luz a un nuevo pueblo en la edad mesiánica, y el de Eva y su descendencia”. Y añade: “Sin embargo, sería prudente no ir más allá de un simple reconocimiento de que se trata de una alusión a la nueva familia, la Iglesia, y al poder soberano de Jesús” (p. 842). Una vez más se pone de manifiesto la clara diferencia de perspectivas, respecto a la visión católica. Quizás ese fenómeno es debido a la antigüedad del comentario, perteneciente a una época en la que el ecumenismo se encontraba en una fase diversa a la actual.

La edición está muy cuidada en su presentación tipográfica, aunque resulta un volumen muy grueso y en ocasiones difícil de leer dado el tamaño menor de la letra en bastantes de sus páginas. Quizás hubiera sido preferible publicarlo en dos volúmenes, como hizo Ediciones Cristiandad, en su nueva fase, con el comentario al IV Evangelio de R. E. Brown. De todas formas nos parece muy interesante la publicación, aunque sea con bastante retraso.

A. GARCÍA-MORENO